

María Elena Havelka

Universidad Católica de Cuyo

Aceptado: noviembre 2025

Datos de la autora:

María Elena Havelka es Profesora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de San Luis, Diplomada en Educación Sexual Integral por la Universidad Austral, Licenciada en Educación por la Universidad Católica de La Plata. En la actualidad, se desempeña como docente en la Diplomatura en Enseñanza de la Filosofía Realista en el Nivel Primario en la Universidad Católica de Cuyo y como docente en cursos de capacitación y posgrado en la Universidad San Pablo, Perú.

Dirección de correo electrónico:
maria.havelka@uccuyosl.edu.ar

Filosofía realista y educación emocional

Resumen *El presente trabajo aborda la educación de la afectividad desde los fundamentos de la antropología filosófica realista. A partir de la concepción de la persona como unidad sustancial de cuerpo y alma, se analiza la vida afectiva como una dimensión constitutiva del ser humano, integrada a la inteligencia y la voluntad. Se presentan las principales pasiones y emociones humanas, así como la necesidad de su educación mediante la razón y la virtud. Se proponen orientaciones pedagógicas para favorecer el desarrollo de la conciencia, la regulación y la autonomía emocional en el ámbito escolar. Finalmente, se fundamenta la incorporación de estos contenidos al Programa de Filosofía Realista como parte de una formación verdaderamente integral de la persona.*

Palabras Clave Filosofía realista, Antropología filosófica, afectividad, educación afectiva, formación integral.

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

Havelka, M. E. (2025). Filosofía realista y educación emocional. *Psicopedagógica* 16(19), 91-104

Realist philosophy and affective education

Abstract: *This paper addresses affective education from the perspective of realist philosophical anthropology. Based on the conception of the human person as a substantial unity of body and soul, it examines affective life as a constitutive dimension of the human being, integrated with intellect and will. The main human passions and emotions are presented, together with the need for their formation through reason and virtue. The paper also proposes pedagogical guidelines aimed at fostering emotional awareness, emotional regulation, and emotional autonomy within the school context. Finally, it provides a rationale for incorporating these contents into the Realist Philosophy Program as an essential component of the integral formation of the person.*

Keywords: *Realist philosophy, Philosophical Anthropology, affectivity, affective education, integral education.*

Introducción

La antropología filosófica nos ofrece una reflexión racional sobre el hombre como totalidad. En este sentido, la consideramos una rama de la filosofía que busca comprender al ser humano en su esencia y existencia, en su naturaleza, origen, dignidad, sentido y destino.

Otras ciencias que tienen por objeto de estudio al ser humano se ocupan de modo exhaustivo de alguna dimensión o aspecto particular, tal el caso de la medicina –el cuerpo humano en su totalidad integral–, la psicología –los procesos mentales y el comportamiento– o la sociología –las interacciones, grupos y comportamiento social–. La antropología filosófica se centra en una visión integral reflexionando sobre la esencia del ser humano, lo que lo hace único y diferente de los demás seres y aquello singular que le permite su obrar verdaderamente libre.

Algunas de las principales preguntas que se plantea son: ¿Qué significa ser persona? ¿Cuál es la relación entre cuerpo y alma, materia y espíritu? ¿Qué distingue al ser humano de los animales y demás seres? ¿Qué es ser libres de verdad? ¿Cuál es el sentido

del amor, el sufrimiento y la muerte? ¿Cuál es el fin último o propósito de la vida humana?

Para dar respuestas a estas y otras cuestiones que nos hacemos todos desde lo profundo de nuestro ser, comienza con un claro concepto de hombre-persona que pueda guiar el estudio y análisis posteriores. Así, en la filosofía realista nos encontramos con la idea de unidad materia y forma, dando una visión precisa sobre la integración e interrelación entre lo biológico y lo espiritual: la unidad sustancial de alma y cuerpo, presupuesto necesario para toda respuesta posible.

En una rápida revisión podemos referirnos a Aristóteles (1995) quien afirmaba: “El alma es el acto primero de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia” (*De Anima*, II, 1, 412a20–21). Tomás de Aquino (2001) nos iluminaba un poco más con su sentencia: “El alma no está unida al cuerpo como el piloto a la nave, sino que es forma del cuerpo” (*Suma Teológica*, I, q. 76, a. 1). Desde el personalismo realista, Karol Wojtyła (1982) sostiene: “El cuerpo expresa a la persona; no es un mero instrumento del alma, sino parte constitutiva del sujeto personal” (p. 233).

Esta realidad que somos cada uno de nosotros, materia y forma, cuerpo material y alma espiritual, se manifiesta en nuestra existencia de modo particular. Lo que nos hace obrar al modo humano, buscar lo mejor, aunque requiera esfuerzo y sacrificios, actuar con sentido y finalidad, amar lo que no vemos y luchar hasta alcanzarlo, es nuestra diferenciación específica entre todos los seres vivientes.

La afectividad humana no puede circunscribirse como fenómeno puramente espiritual, pero tampoco como realidad meramente material-fisiológica, se trata de un fenómeno mixto. Así lo afirmaba Abelardo Pithod (1994) al señalar que “en el hombre la afectividad es un fenómeno mixto, en el que convergen dos fuentes: la corpórea y la espiritual” (158).

Entendida de este modo, toda la dimensión pasional –que también llamamos vida afectiva– en la realidad concreta de la existencia humana está íntimamente relacionada con el alma espiritual de tal modo que no puede delimitarse con claridad hasta dónde se trata de manifestación corporal y desde dónde se asocia a los procesos mentales

superiores, internos, espirituales. Queda clara, sin embargo, la interrelación entre ambas dimensiones cuando estudiamos los fenómenos de naturaleza afectiva. Esto también puede describirse con la misma dinámica desde las vivencias personales experimentadas por todo aquel que se detenga a reflexionar sobre ello.

Miguel Ángel Fuentes (2021) señala que:

“el plano de la afectividad humana es ese ámbito en el que se expresa de modo más claro la unidad sustancial del hombre y la confluencia de las facultades superiores (inteligencia y voluntad) y las inferiores (tanto los sentidos internos, como propiamente los apetitos)” (p. 11).

Los sentimientos, emociones o pasiones son movimientos del apetito sensitivo que se producen como reacción ante la aprehensión sensible de un objeto percibido como atractivo o nocivo por los sentidos internos y que conllevan necesariamente una alteración corporal, condición esencial de toda pasión y emoción.

Coincidiendo con el sentido de “fenómeno mixto” de Pithod, (Fuentes, 2021) nos sitúa en una esfera intermedia y nos ubica de este modo:

“por encima de ella están las facultades superiores -puramente- espirituales y por debajo, el organismo -puramente- biológico del hombre con sus potencias vegetativas, nutritivas, etc. Sin embargo, nuestra naturaleza es ‘una’ con unidad sustancial, y por eso todo tiene repercusión en ese todo que es el hombre” (p. 13).

Para Tomás de Aquino (1995), las pasiones son movimientos del apetito sensitivo¹, provocados por el conocimiento sensible del bien o del mal. Es decir, son reacciones afectivas del alma unida al cuerpo ante algo que se percibe como bueno o malo. No son ni buenas ni malas en sí mismas, son naturales y forman parte de la condición humana.

¹ *Suma Teológica*, I-II, cuestiones 22 a 48.

Sin embargo, pueden inclinar al hombre perfectivamente o no, dependiendo del objeto al que vayan dirigidas o la intensidad en que se experimentan.

Por ello, la educación de las pasiones no consiste en reprimirlas, sino en ordenarlas mediante la razón y la virtud; de este modo, si la razón las ordena al bien, se integran en la vida virtuosa —por ejemplo, la reacción justa y calma si hemos logrado regular el enojo—, de modo que colaboren con la vida moral orientando con fuerza y determinación hacia la dignificación personal.

Nuestro apetito sensitivo se divide en dos partes: *apetito concupiscible*, que tiende hacia el bien sensible y huye del mal sensible, y *apetito irascible*, que reacciona ante el bien o mal arduo, es decir, difícil de alcanzar o de evitar.

La clasificación clásica de las pasiones las divide entre uno y otro. Así, las pasiones del apetito concupiscible (se refieren a bienes o males fáciles) son seis, y se agrupan en pares opuestos, según se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 1

<i>Bien o mal simple</i>	<i>Pasión principal</i>	<i>Pasión contraria</i>
Bien presente	Gozo o placer	Tristeza o dolor (por el mal presente)
Bien futuro	Deseo	Aversión (huida del mal futuro)
Bien alcanzado	Amor	Odio (ante el mal en sí mismo)

Fuente: elaboración propia.

Las pasiones del apetito irascible son cinco, y surgen ante bienes o males arduos; se pueden clasificar del siguiente modo:

Tabla 2

<i>Objeto</i>	<i>Pasión</i>
Bien arduo futuro	Esperanza (si se ve posible alcanzarlo) / Desesperación (si se ve imposible)
Mal arduo futuro	Temor (si se ve difícil de evitar) / Audacia (si se confía poder vencerlo)
Mal presente	Ira, que mezcla dolor con deseo de venganza (reacción ante el mal sufrido).

Fuente: elaboración propia.

Entre todas ellas, el amor ocupa un lugar de preferencia. Así lo expresó Tomás: “el amor es la primera de las pasiones y la causa de las demás” (*Suma Teológica*, I-II, q. 25, a. 2). Y es también la pasión más profunda, raíz de todas las demás. Cuando el amor está bien orientado, es decir, al bien verdadero, no al placer inmediato, el resto de las pasiones se ordenan naturalmente. Es por esta razón que todo proyecto ha de darle preeminencia y lugar preferencial.

Lo que proponemos aquí es considerar una amplia variedad de manifestaciones afectivas (sin ser exhaustivos por cierto) y proponer algunas alternativas de estrategias educativas que puedan ser de utilidad a escuelas, pero también a familias e instituciones en general, que estén interesados en ampliar el sentido de *educación integral*, entendiendo la afectividad como parte del complejo dinamismo humano, dando orden y jerarquía a nuestras dimensiones con la finalidad de lograr el equilibrio propio de la madurez de la personalidad.

La primera manifestación afectiva que experimentamos al conocer a alguien podría ser el binomio simpatía/antipatía. Se trata de la reacción interna que surge ante quien desarrolla una clase o conferencia, o que nos presentan en una reunión, fiesta, club o nos cruzamos espontáneamente en una circunstancia y lugar particular. Entramos en sintonía o nos genera cierta incomodidad, nos resulta agradable o no sin poder explicar la razón, queremos acercarnos a esta persona o, sin saber el porqué, necesitamos alejarnos. Se trata de una espontánea respuesta afectiva en la que aún no entran en acción los procesos racionales que, en etapas posteriores, permitirán afianzar una relación vincular significativa y satisfactoria.

Muchos adolescentes fundamentan sus primeras experiencias románticas exclusivamente en esta etapa inicial de la afectividad. Creen que ‘se enamoran’ sin conocerse verdaderamente y sin haber dado tiempo a que el conocimiento mutuo ilumine la atracción espontánea. Aunque esta reacción es natural y constituye el punto de partida de numerosos vínculos humanos, no basta por sí sola para sostener una relación comprometida y madura. Para que el vínculo pueda desarrollarse de manera auténtica, es indispensable avanzar hacia las etapas posteriores de la vida afectiva, en

las que la razón ilumina al corazón y el trato frecuente, sostenido en el tiempo, hace posible un conocimiento más profundo de la otra persona. Solo entonces puede construirse una relación verdaderamente significativa, enriquecedora y estable.

Decimos que es natural, y agregamos que puede ser bueno, pero también puede ser destructivo; por lo cual es un afecto —como todos los demás— que es necesario orientar y educar: el adolescente puede vivenciar como agradable para sí mismo algo que sea malo; y también puede percibir como desagradable, y rechazar en consecuencia, una relación que puede llegar a ser muy buena y satisfactoria en su vida.

Las propuestas de educación de las emociones suelen resultar muy entretenidas para todos, en particular para los pequeños. Es muy variada la oferta de proyectos ya elaborados que podemos identificar tanto en publicaciones como en la virtualidad. En nuestras instituciones, es importante realizar una planificación organizada y articulada, de modo curricular específico o bien transversal, que atienda esta dimensión con mirada integradora.

En el nivel inicial y primer ciclo de nivel primario, la educación emocional es muy propia si consideramos el pensamiento concreto de los niños. Las emociones tienen manifestaciones físicas y conductuales fácilmente observables tanto en sí mismos como en los demás, por lo cual se constituyen en objeto de conocimiento óptimo en las edades tempranas.

Las emociones son reacciones psico-fisiológicas ante estímulos, ya sean externos o internos. Para describirlas brevemente decimos que se presentan como una alteración en el ánimo y se acompañan con una serie de cambios orgánicos con respuestas de diferentes sistemas biológicos: actividad del sistema nervioso, del sistema endócrino, voz, expresiones corporales, todo lo cual nos mueve a reaccionar como respuesta a ese complejo sistema.

Pensemos en una situación que enoja, en la que el protagonista enrojece, sus latidos cardíacos aumentan, se turba al tiempo que levanta la voz y cierra una puerta con vehemencia. En el plano teórico, podemos dividir lo puramente fisiológico, lo

psicológico y lo conductual; sin embargo, en la situación concreta es una sola y misma reacción. Todo el conjunto es fácilmente percibido por los espectadores, y esto es sencillamente lo que podemos enseñar a los pequeños: el reconocimiento de las emociones a partir de experiencias concretas que ocurren en su entorno a diario, tanto en sí mismos como en quienes los rodean. En instancias siguientes, avanzando en la educación afectiva, pueden llegar a entender la causa o hechos que provocan esa reacción natural. Este reconocimiento permitirá anticiparse a la respuesta natural, reemplazándola por la acción elegida y aprendida. Es un proceso lento, requiere constancia y dará como resultado libertad real en el comportamiento humano.

Las emociones pueden ser positivas o negativas. Las más deseadas, porque nos hacen agradable la vida, se inscriben en la primera categoría, por ejemplo: alegría, confianza, sorpresa. Las emociones llamadas negativas son las que suelen generar rechazo porque se sienten desagradables, como miedo, asco o tristeza, pero hemos de saber que también tienen un sentido de protección o finalidad natural.

Algunas caracterizaciones que nos permiten comenzar a entender mejor la vida emocional son:

- En determinadas circunstancias la acción o respuesta es innata e inmediata sin siquiera pensar en ello.
- En general, nos ahorran tiempo para ponernos en acción en situaciones importantes. No tenemos que pensarlo todo. El miedo hace que espontáneamente corramos cuando un perro rabioso se nos acerca. Si nos detenemos a pensar, probablemente salgamos lastimados.
- Las expresiones de nuestro rostro, nuestras palabras y tonos, nuestro lenguaje corporal y gestual, también, permiten que los demás conozcan nuestro estado emocional.
- Las reacciones emocionales nos proporcionan información importante acerca de la situación. Además, pueden ser señales o alarmas de que algo está sucediendo.
- A veces tratamos las emociones como si fueran hechos: cuanto más fuerte es la emoción, más sólida resulta nuestra creencia en que se basa en hechos

incuestionables. Esto no es verdadero por lo cual, sin intervención de la formación de los afectos, terminamos esclavos de ellos: “Si me siento inseguro, soy incompetente”. “Si me deprimó cuando estoy solo, no debería quedarme solo” “Si siento que algo está bien, es que es bueno”. “Si estoy asustada, es algo amenazante”. “Recién la conozco y ya la amo por lo tanto ella debe ser la persona indicada”.

La educación de la vida afectiva es parte del perfeccionamiento humano y suele darse tanto formal como informalmente a lo largo de toda la vida de la persona. En este proyecto presentamos algunas ideas para la educación formal, concretamente sobre la incorporación de estos contenidos en el Programa de Filosofía Realista.

Con enfoque antropológico tomista, el proyecto ya está en marcha hace muchos años, con muy buenos y verificables resultados. El mismo incluye algunas clases sobre el conocimiento y educación de las pasiones en cuarto grado del Nivel Primario. Nuestra propuesta hoy es ampliar esa visión inicial a otras edades/cursos/niveles y presentando otras manifestaciones afectivas como contenido de estudio y misión de los educadores en una perspectiva unitaria del ser humano. Es ésta la presentación de la tarea que emprenderemos con nuestros cursos y diplomaturas, en este capítulo en particular.

En el caso de las emociones, este circuito formado por 1) estímulo, 2) cambios corporales y 3) acción, puede ser captado, entendido y regulado, gracias a la capacidad que tenemos las personas de reflexionar sobre nosotros mismos, desde la más temprana edad. Esto lo podemos transformar en contenidos de aprendizaje de muy diversas maneras.

Las competencias emocionales se presentan como una propuesta que hemos encontrado en varias instituciones. Entre dichas competencias, nos interesa presentar dos que son especialmente significativas para ser trabajadas desde pequeños: conciencia y regulación emocional y una tercera, cuya formación puede iniciarse en la preadolescencia: autonomía emocional.

La conciencia o conocimiento emocional es el primer paso y consiste en conocer las propias emociones, reconocer cuándo surgen, qué las provoca, como reaccionamos y

hacia qué tienden. Prestar atención a ellas y comprenderlas. Y con ello, comprender también a los demás. Con esta iniciación, podemos lograr transitar el camino en el cual la razón ilumine la vida afectiva para, en pasos siguientes, poder orientarla.²

Al referirnos a la regulación emocional, aludimos al desarrollo de estrategias que permiten afrontar las diversas experiencias afectivas de manera adecuada y eficaz. Se trata de aprender a reconocer las propias emociones, anticipar sus efectos y orientar el pensamiento para no quedar dominados por ellas. De este modo, la conducta puede convertirse en una acción deliberada y libremente elegida, en lugar de una reacción meramente impulsiva. La regulación emocional implica también la capacidad de tolerar la frustración, afrontar situaciones de estrés y atravesar experiencias de desilusión o desamor con mayor equilibrio interior, fortaleciendo progresivamente la estabilidad afectiva y la madurez personal.

Como ya se vislumbra claramente, entramos en un proceso largo, que no finaliza nunca, en el cual inteligencia y voluntad en armónica labor logran dominio racional y moral, a fin de gobernar las reacciones de modo perfectivo, hasta la formación de hábitos virtuosos, con los cuales, toda la vida afectiva se vuelve aliada de la razón.

La autonomía emocional refiere a la real posibilidad de vivir en los estados emocionales que elijamos, es decir, ser realmente dueños de nuestras reacciones afectivas y no esclavos de las mismas.

Esta es la meta que nos proponemos. Exige una tarea de toda la vida y muy probablemente no se alcance en plenitud; sin embargo, es evidente en la experiencia de muchas personas en la historia de la humanidad, la posibilidad real de progresos permanentes hacia ese objetivo, cuando hay constancia y perseverancia.

² “La pasión no debe dominar al hombre, sino ser dominada por la razón” (*Suma Teológica*, I-II, q. 24, a. 1).

Esta autonomía emocional puede comprenderse desde una antropología realista, como una disposición progresiva de la persona para gobernar sus estados afectivos sin quedar sometida a ellos. Se trata también de la formación de la virtud conocida como ecuanimidad o igualdad de ánimo, entendida como la estabilidad interior que permite mantener la rectitud del juicio y de la acción frente a las variaciones emocionales propias de la experiencia cotidiana y del temperamento propio. Nuevamente estamos concluyendo en una acción intencional integrada entre inteligencia, voluntad y afectos.

La formación integral necesita ir más allá de la moda de la “educación emocional” entendida como técnica puntual. Educar la afectividad no consiste en eliminar pasiones o emociones, sino en enseñar a percibirlas, nombrarlas, discernirlas, ordenarlas y convertir esa ordenación en hábitos estables de vivencia personal, convivencia, trabajo, estudio y vínculos relacionales. En lenguaje escolar, eso implica pasar de la reacción a la deliberación; de la impulsividad a la autorregulación; del clima emocional episódico al hábito moral compartido; y de la mera expresión emocional a una educación integral que integre cuerpo, sensibilidad, razón, voluntad, vínculos y proyecto personal.

En la educación integral que proponemos a través del programa, esta estabilidad no supone indiferencia afectiva, sino un orden interior de los afectos bajo la guía de la razón y de la voluntad. Así, educar la autonomía emocional implica ayudar a los estudiantes a reconocer sus emociones, moderarlas y orientarlas al bien, favoreciendo una libertad interior que les permita actuar con serenidad, constancia y responsabilidad. De este modo, la ecuanimidad se presenta como una virtud que nos prepara para decisiones más libres, relaciones vinculares armónicas y una vida afectiva más equilibrada.

De algún modo, podríamos sintetizar la idea de educación afectiva como parte de la formación integral y que implica cultivar:

- La sensibilidad para poder reconocer lo que se siente;
- La razón para entender por qué se siente así;
- Y la fuerza de voluntad para actuar libremente según el bien, no según el impulso.

Entendida así, educar la vida afectiva consiste en integrarla en la vida racional y moral del hombre mediante la virtud. De este modo no se la suprime, sino que se la purifica, orienta y eleva, para que se pueda expresar afecto auténtico y con ello se contribuya a alcanzar el bien y la felicidad.

Ciertamente esto es un trabajo conjunto entre diferentes agentes educativos. En lo que esté a nuestro alcance requiere intentar crear un ambiente institucional-educativo-familiar en el cual haya seguridad, comprensión, afecto, estabilidad, respeto, donde la afectividad pueda desarrollarse positivamente.

En este sentido, la fundamentación antropológica para incorporar la educación de los afectos en el Programa de Filosofía Realista podría condensarse en estos principios:

1. Unidad cuerpo–alma: la vida afectiva impacta en el cuerpo, afecta al alma y expresa la condición de unidad sustancial en el hombre.
2. Racionalidad y libertad: el ser humano no está determinado por su vida afectiva, puede guiarla con la razón y la voluntad.
3. Finalidad moral: la educación verdaderamente integral complementa la educación de la inteligencia entendiendo la relevancia de formar en la virtud, y, al mismo tiempo, permite ordenar los afectos hacia el bien verdadero.
4. Búsqueda de la plenitud humana: la madurez afectiva es un signo de sabiduría y equilibrio interior, en el cual todas las manifestaciones de afecto se armonizan con los valores y fines superiores. Solo quien ama apasionadamente un ideal lo alcanzará.

Así, el planteo de educar la afectividad es mucho más profundo de lo que se vislumbra en un análisis superficial. No consiste solo en controlar emociones desordenadas o evitar las pasiones que conducen a un mal. Se trata en realidad de un aporte de enfoque positivo y plenificador en la formación. El objetivo es formar en los estudiantes la posibilidad de responder con conductas que orienten los afectos hacia el bien, que se pueda lograr el dominio de sí mismo, fundamental para desarrollar afectos sanos. Se trata de formar el Buen Amor, y esto, entendido en el amplísimo espectro en que puede

desenvolverse la vida afectiva de todo ser humano, llegando hasta trascender la dimensión puramente natural.

La esfera afectiva cumple un papel fundamental en el desarrollo de toda vida humana ya que, mediante ella, nos conectamos con la realidad de nosotros mismos y nos unimos de modo relacional con los demás, los seres que existen en el mundo y con Dios.

Sin embargo, para que las relaciones se desenvuelvan en un tono positivo, sean cuales sean las experiencias previas, es necesario un proceso de maduración y formación desde la más temprana edad.

Consideramos la educación de la vida afectiva como uno de los aspectos de la formación del ser humano como unidad. La integralidad deseada - y tan promocionada - solo se logra cuando se incluyen todas las dimensiones de la persona, sin reduccionismos, tanto en la delimitación de fines y objetivos como en la planificación de actividades concretas tendientes a alcanzarlos. Y esto ha de ser un concepto para tener en cuenta en la misión de todos los agentes educativos: familia, instituciones de enseñanza formal o informal, iglesias.

En nuestra cultura, la combinación de las 27 letras de nuestro alfabeto ha dado origen a incontables publicaciones, libros, artículos que llenan estantes de las bibliotecas; podríamos afirmar que, del mismo modo, son incontables las posibilidades de personalidades que forman los millones de personas en el mundo. Siendo antropológicamente iguales en dignidad y en constitución esencial, cada uno de nosotros es un ser único e irrepetible.

La variedad humana es una realidad maravillosa que depende de la conjunción de dimensiones, características particulares y circunstancias, entre las que destacamos la educación de esas dimensiones y también promovemos la tarea de autoeducación y mejora de la interioridad personal durante toda la vida. No hay dos personas iguales, ni dos caracteres idénticos. En este orden es donde la educación de la afectividad reviste de importancia crucial, es donde reside el cambio fundamental que, iniciándose en el interior personal, tiene impacto directo en la conducta vincular y relacional social. Desde

esta perspectiva, la educación de la afectividad constituye una dimensión insustituible de la formación integral de la persona y un desafío permanente para toda acción pedagógica inspirada en una concepción realista del ser humano.

Referencias bibliográficas

Aristóteles. (1995). *Acerca del alma* (trad. V. García Yebra). Gredos.

Fuentes, M. A. (2021). *Educación los afectos* (2ª ed.). Ediciones del Verbo Encarnado.

Pithod, A. (1994). *El alma y su cuerpo: una síntesis psicológico-antropológica*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Tomás de Aquino. (2001). *Suma Teológica*. BAC.

Wojtyła, K. (1982). *Persona y acción* (trad. R.I. Gutiérrez). BAC.